

como un relámpago un *four-in-hand* con una bandada de muchachas entre rosas y claveles. Pasó también, con el corsé en la mano, una linda rubia que iba cantando :

Tiens! voilà Mathieu.
Comment vas-tu, ma vieille?
Tiens! voilà Mathieu.
Comment vas-tu, mon vieux?

Y del seno de la tierra, cubierto de flores, como del seno de las mujeres, saturado de aromas, se exhalaba un olor á juventud y un cántico sin palabras, algo así como misteriosa voz de una naturaleza que resucitaba, exclamando : ¡Á vivir! ¡Á vivir!...

EL AVISPERO

I

Sí... doña Angustias Ramírez, viuda de Roldán, era excelente persona : honrada á macha martillo, buena sobre todas las cosas, inteligente y culta. Con todas estas cualidades nada comunes, y mimada además en vida de su esposo, doña Angustias no era feliz. Bien al contrario : sus infortunios eran tantos y tan crudos, que le daban derecho á clasificarse en el número de los ejemplares de la humana especie destinados á servir de *anima vili* al escalpelo del cruel cirujano que se llama DESGRACIA.

Doña Angustias fué antaño mártir de sí misma, y luego lo fué de su familia y de sí misma también; porque doña Angustias era, ante todo y sobre todo, un caso patológico, un caso de enfermedad, *un caso* en fin. Producto de la *hysteria*

major, descendiente de una familia que, enardecida é impulsada por sus disparatados nervios, quiso pasarlo todo á fuego y exterminio, doña Angustias nació y fué formada para la guerra. Hubiera podido rivalizar con Agustina de Zaragoza, con Juana de Arco ó con María Pita... Hubiera podido ser una Carlota Corday ó una madame Rolland... Desgraciadamente para ella, y acaso para la historia, no pasó de ser eso, *doña Angustias*, — un ángel por el corazón y una Luisa Michel por el carácter, — y vió limitada su poderosa iniciativa á la fundación de un hogar, pero hogar *sui generis* á modo de campamento, con un centinela terrible, que era ella, velando en su imaginación mientras dormitaban sus fuerzas de guerrera al pie de la tienda de campaña cuyo toldo lo formaban celajes de fuego y belicosas imágenes que reñían á diario tremebundos combates en lo recóndito de su batallador espíritu. Mientras soñaba así, con los ojos en claro, pidió su esposo (el cual no había nacido para las artes de la guerra) el retiro absoluto, marchándose al otro valle sin dejarle en éste de lágrimas muchas pesetas (puesto que se gastaron casi todas en pólvora y salvas), pero sí una prole sana y distinguida: tres varones, — Manuel, Carlos y Alfredo, — y tres hembras, — Catalina, Concha y Adela, —

uno para cada una, y en total algo así como dos bandos de Horacios y Curiacios.

Doña Angustias, buena de suyo, no hizo como la víbora, que se sube á un árbol para escupir al suelo los viboreznos que procreó. Doña Angustias parió á sus hijos como Dios manda, esto es, en la cama; los crió á sus pechos; los formó al calor de su regazo; y ellos, tocados también de la *hysteria major*, puesto que á su vez descendían de la familia que dió tanta guerra en el mundo, se le enroscaban al cuello. Eran como avispas irritadas, con ó sin motivo (mayormente sin él), que reducidas á comprimir su temperamento en los linderos del hogar, volaban de los cuartos á la sala, de la sala á los pasillos y de los pasillos al balcón, sin darse punto de reposo, picándose las unas á las otras, zumbando, con las ponzoñas derramadas, temblorosas de ira, furiosas siempre. Aquellos hermanos, excelentes todos en el fondo de su alma, vivían, sin embargo, como tiritos y troyanos, zuavos y hulanos, chilenos y peruanos, riñendo por verdaderas futesas, zahiriéndose, despellándose, mordiéndose hasta hacer saltar la vergüenza de sus mejillas. La divergencia más ligera sobre las cosas más fútiles se elevaba entre ellos, aguijoneados por susceptibilidad vidriosa, á categoría de cuestión de gabinete. Se formaban

bandos, Carlos y Catalina, por ejemplo, contra Alfredo y Adela, sin perjuicio de que, al andar del tiempo, se trocasen los frenos con motivo de otra divergencia igualmente nimia, aunque en distinto asunto, y alegara Carlos para defender á Adela lo mismo que, por ampararle, dijo Catalina en contra de Alfredo. Se dirigían cara á cara atroces invectivas, enconados ataques, injustas acusaciones, á solas y ante el público, sin exceptuar siquiera á los criados que llevan en las lenguas, lo mismo que en las manos, el pringue de las cocinas y alcobas en donde sirven husmeando con las narices abiertas. Se conminaban con la bofetada, el palo y el patíbulo. Hartos de vocear con las gargantas como fuelles de órgano, veíanse precisados á hacer alguna que otra pausa, muy breve, turbada á intervalos por el cuchicheo de algún hermano rezagado que no figuró en la gresca, no por falta de ganas, sino porque estuvo en la calle á la sazón de ocurrir el hecho, al cual hermano se hostilizaba para que tomara parte, describiéndole minuciosamente, detrás de una puerta, el último episodio.

Sobrevenían en seguida, entre unos y otros, los más especiosos comentarios, en los cuales se derrochaba una astucia insigne de picapleito, en desfigurar hechos y falsear verdades; y, después de

lanzarse furtivamente miradas henchidas por el odio, volaban por la casa con el aguijón de punta, entre muecas y contorsiones, como epilépticos. Si dejándose influir por aquel viento de tempestad que arrastraba en pos una lluvia de lágrimas vitriólicas que roían y secaban todas las ilusiones de la casa, á la cual no era posible aproximarse sin sentir algo así como la impresión que produce una pila de Volta, ocurría que alguna persona extraña á la familia se mostraba parte haciendo un mohín de disgusto ante tamaños escarceos, veríaisles entonces hacer causa común, como lobos de una misma manada, uniéndose para defenderse al igual de malhechores reñidos en familia y aunados y compactos en presencia de la guardia civil.

Á los gritos de la horda acudía doña Angustias, trémula, llorosa, caminando aceleradamente á cuestras con el pesado fardo de sus años, con la falda del vestido arrebujaada entre las secas manos; y sin quererlo, esto es, queriendo todo lo contrario, poner paz entre los contendientes, atizaba ella misma la llama de la discordia por echar su voto inconsútil en el platillo del hijo que le hacía más gracia en aquella estación del año. Inclínabase la balanza de la justicia con el peso de doña Angustias, y arreciaba la zambra de los hijos.

Entonces, ¡oh! entonces, exhausta de fuerzas para aplacarla, injuriada en sus respetos de madre, retorciase en paroxismo de suprema iracundia, y loca de dolor caía de rodillas ante el altar de veneranda imagen, diciéndole de corazón :

— ¡Misericordia, Virgen santísima, Señora de los Desamparados, misericordia!... ¡Librame de esta vida que me pesa tanto!...

Alguna vez conseguía doña Angustias pacificar á la prole, dirigiéndose á uno de los contendientes (el que privara menos en su simpatía aunque llevara razón en la riña) y arrastrándolo, en demanda de perdón, á las plantas del otro... Pero lo general era que ninguno de ellos le hiciera caso, y que de pronto rompieran las voces del cotarro en alarido de suprema imprecación y de pronto también se acallaran roncamente, no sin haberse jurado odio eterno los iniciadores de la fraternal reyerta, parando todos con los rostros pálidos, desencajados, envejecidos, como si se hubieran azotado contra ellos violentas ráfagas de ábrego furioso, ó como si acabaran de pasar por los estragos del cólera... del cólera, sí, porque aquella riña y la otra y todas venían á ser deyecciones morales de temperamentos cuyas válvulas eran una vanidad ineducada y un monstruoso egoísmo del corazón. Al igual que en las grandes

batallas, ponían paz en aquella jaula de locos las sombras de la noche cayendo friamente sobre las cabezas chamuscadas y sobre las entrañas escocidas por la ira; pero á través de esas mismas sombras, rompiendo el misterioso silencio de la noche, que es, para las inteligencias pensadoras, natural tregua á las pesadumbres del día, aun se percibían el rasguear airado de las plumas que enviaban á remotas tierras, en sendas cartas con honores de folletos, la historia del suceso detallada y exornada además con exageraciones estupendas, el suave susurro de escurridiza enagua esponjándose como una araña para posar á hurtadillas la nota final del chismorreo, y el reflejo de una luz, amarillenta y goteosa, que destacaba el ribete de la enagua y el demarcado perfil de una cara de somnámbula... en tanto que allá, abatida sobre el lecho del insomnio, con las yertas manos oprimiendo la abrasada frente y con el vientre crecido y convulso de suspirar tanto, la infeliz doña Angustias dejaba secar dos lágrimas del corazón en sus ojos hinchados y despavoridos.

Al caer de la tarde, después de una de las crisis que duraban todo el día y volvían de arriba abajo la casa toda, solía doña Angustias refugiarse en un escondrijo del balcón, con la cara

alargada y los ojos secos de llorar, vencida y dementada... De un nubarrón, que tenía negrura de abismo y parecía henchido por la proximidad de una tormenta, bajaba lentamente un sol muy encarnado que semejava inmenso ojo sangriento sumergiéndose en la verde eflorescencia de las cañas, enfrente á solitaria palmera que encorbaba sus cogollos como si quisiera saludar al astro en su caída; y obedeciendo acaso á la conjunción de los destinos vencidos, se establecía una corriente de atracción irresistible entre el ojo sangriento que caía desprendido de la cuenca del cielo y los ojos tristes que le veían caer desde el marco de una fisonomía de madre desmayada y enloquecida...

II

La próxima llegada de Manolo conseguía á ratos calmar el *alismo* de la familia de doña Angustias. *Por fin* regresaba aquel hijo, que venía á ser en su casa algo muy especial y excéntrico que no se explicaba su familia, pero lo sentía sin darse cuenta de ello, juzgándolo provechoso para todos. No se quería el regreso del hijo pródigo por mero gusto de colgársele al cuello y restañar con besos las heridas que le causara su vagabunda y azarosa peregrinación por el mundo... Ma-

nolo significaba para algunos de su familia el mejoramiento de la fortuna, para otros el prestigio social, para todos la exhibición de un título académico que brillaría muy bien en el frontispicio de la derruída casa. El más cruel de los egoísmos, por lo mismo de aparecer con capa de santidad, habíase encarnado en la familia de Manolo; la cual, desde Majagua, le tendía los brazos por encima del puente de cada uno de los vapores que zarpaban con rumbo á la península, llamándole en largas y quejumbrosas cartas con cantos de sirena y con la misma succión que tienen para atraer á su víctima las ventosas del pulpo.

Manolo vacilaba, dando largas á los plazos, y no volvía. Enfermo desde muy temprana edad, combatido por terrible misantropía que se agazapaba, como un chacal, en lo más profundo de su espíritu, y que por anomalía del temperamento se exhalaba en regodeos y chistes que eran así como la espuma del llanto que corría por el profundo cauce de su corazón, Manolo pasó la infancia arrastrándose á solas en los rincones más solitarios, andorreando entre breñales ó anidando en las copas de los árboles, harto de vivir cuando no había empezado, roído por prematuro é inconsciente escepticismo, desperezando panza arriba el

hastío de su existencia bajo el emparrado de la casa ó bien tumbado á la bartola sobre la arena de la playa, desde donde dirigía miradas anhelantes en persecución de lo desconocido, del ancho océano que deseaba vadear, como si guardara en su seno la última esperanza del pobre niño. Los vecinos le graduaron de loco, la familia confirmó la justicia del título, y el mismo Manolo se persuadió de que lo estaba de remate y no merecía bien de una familia que encajaba perfectamente en el rutinario molde de la sociedad. Resolvió desde entonces, y consiguió luego, expatriarse. Su padre, que sin comprenderlo bastante sentíase orgulloso de haberle engendrado, le acompañó muy campechano y sereno en apariencia á bordo del vapor; pero luego, en el bote, cuando los marineros subieron la escala, y sorprendido por el ruido de la maniobra alzó la vista y vió que Manolo agitaba desde la cubierta del buque un pañuelo en señal de despedida, no pudo ocultar la espontánea lágrima, que había reprimido durante tanto tiempo. Aquella lágrima, henchida de sentimiento, subió copiosa é hirviente del fondo del corazón, y, corriendo por el rugoso cauce de la mejilla después de salpicar con ligero temblor las sombras de las pestañas, fué á caer pesadamente al agua como si quisiera

endulzar el océano de amargura que muy pronto separaría al hijo y al padre.

Manolo fué á estudiar para abogado en Madrid, no por vocación propia, sino por vocación y equivocación también de su familia. Fué el abuelo notable jurisconsulto en Majagua, y, creyendo los padres de Manolo en la transmisión de las facultades intelectuales, pensaron de común acuerdo que estaba Manolo llamado por Dios á perpetuar en la familia la raza de los letrados eminentes de Majagua. Lo cierto fué, sin embargo, que Manolo se inició por respeto á sus padres en el estudio de las leyes; lo cultivó por vanidad de estudiante que no quiere quedarse á la zaga; puso término por costumbre establecida á la carrera que había seguido, y tuvo una desazón cuando recibió el título de licenciado en derecho civil y canónico, ó sea en el arte de vender mentiras, como decía Petrarca. Pensó que la toga le deshonoraba, que el birrete le aplastaba el cráneo, que el abogado mataba al hombre... Firmó el título como si firmara su sentencia de muerte, y embutido en la toga, delante de los magistrados apercebidos para recibirle juramento, jurando en falso, puesto que no creía en ninguna religión positiva, ni en la ley, ni en el derecho, se figuró que aquella vestidura negra era la hopa que le apareja-

ban para subirle al patíbulo... y tembló de asco.

No ya licenciado era Manolo, sino doctor experto en achaques del corazón. El análisis á que se había hecho, combinado con la natural tendencia del temperamento y los múltiples accidentes de la vida, habían impreso en su espíritu singular desencanto, que flotaba á veces claro y sereno, y á veces se desbordaba turbulento y convulso; que corría también, como ráfaga de muerte, sobre lo que pensaba y escribía, invadiéndolo todo, quemando, á manera de helada extemporánea, sus ilusiones en flor, sin exceptuar siquiera las que tenía en la vida literaria, que se le presentaba á ratos bajo tedioso aspecto, brutalmente miserable; desencanto que le quitaba el sueño las más de las noches, y le amargaba la boca al despertar á la vida, cuando conseguía conciliarlo tras largo y combatido insomnio. Deseaba creer, encontrar algo que mereciera la pena de ser creído y le sirviera de salvavida en el inmenso naufragio que corría su juventud, y no creía, viviendo entre suspicacias y recelos, en eterna noche de duda y desconfianza, espoleado por su idiosincrasia y aleccionado por la experiencia. Decía que la vida era lo que él había visto y sufrido, y que hacía falta tomarla así ó presentar la dimisión. Recordaba al filósofo que, asqueado ante el espectáculo

de la humana especie, queriendo llevar en el claustro una vida libre de ajenas pasiones, fué á resucitar en el « santuario » del convento y en el cultivo de unas matitas sus olvidados amores. Una mañana observó con sorpresa que les habían quebrado las hojas, y otra mañana descubrió lo mismo. Sospechó que la destrucción de sus plantas era obra de infame abejorro; estúvose en acecho una noche, y al clarear el día vió con espanto, por el agujero de la llave de su cuarto, los ojos, henchidos por la envidia, de un fraile que era su mejor amigo, el cual, acercándose cautelosamente, tronzaba con frenética mano las hojas de las pobres matitas en las que refugiara el amor y el porvenir de su existencia...

Herido por la dilacerante pesadumbre que nace del conocimiento demasiado claro de las cosas humanas, vivía Manolo aislado del mundo, á solas con su cerebro que estaba poblado de recuerdos (tal vez de fantasmas), y se abstraía y renegaba tanto que, por molestarle todo, le importunaba el halago de un perro que tenía, del cual aseguraba que le quería un poco, cuando le daba de comer.

Consideraba la vida como una resta. No sumaba los triunfos, los restaba.

— Y cuando lo haya estado todo, pensaba él

á solas con su idea, no desearé más que una cosa : la tumba.

Imaginaba, en sus delirios, viéndose divorciado de todo y perseguido por todos, que había venido al mundo á purgar crímenes que habrían cometido sus antepasados ó que pudiesen cometer sus descendientes, y que los expiaba fatalmente. Tenía entonces veintiún años en el calendario y sesenta en el corazón.

III

La primera vez que Manolo vió á Pitusa fué en el teatro Eslava, no por voluntad suya, sino por voluntad de un su amigo, quien, deseando informes, recurrió á Manolo, que gozaba fama de conocer á primera vista los achaques del mundo femenino.

— Hay, le dijo, una mujer que no entiendo, porque parece honrada... y no lo parece. Alta, delgada sin ser flaca, esbelta, elegantísima y discreta en sus maneras; blanca con el pelo rubio y los ojos negros de mirar maligno. ¡Buena mujer! La acompaña una señora muy seria, que viste de luto. Parecen madre é hija... Yo, francamente, no me atrevo á irmele al bulto.

Aquella noche estaba lleno Eslava : muchas

mujeres mundanas en los palcos, muchos periodistas en las butacas, la alegría de vivir retozando en el teatro, que estaba « muy tirado » de gasas y corbatas blancas, porque la moda había establecido que « la gente del Real » abandonara á ratos « el regio coliseo » para exhibirse en Eslava, como si la aristocracia, aceptando el principio de que en la variedad está el gusto, quisiera apurar, tras una copa de champagne, un vaso de peleón.

Estrenábase un sainete, y el público había empezado á reír, no de los chistes de la obra, sino de los autores que escribieron tamañas majaderías. Oyóse el susurro de unas faldas que se deslizaban por el pasillo de las butacas, y Manolo volvió instintivamente la vista. Era Pitusa, se la había figurado, habíala sentido sin verla; era la propia Pitusa, muy señorita, discretamente ataviada y seguida de una señora que hacía á maravilla el papel de madre honrada y ofendida de que le miraran la hija. Manolo contempló á la buena moza con ojos que no pestañeaban cuando sondeaban los remansos del corazón. Aquellos ojos se pegaron á los de Pitusa, que relampagueaban de ironías, leyendo en ellos muchas cosas ocultas. Ella sacudió, como si le estorbara y produjera el malestar de una pesadilla, la mirada es-

crutadora; arrugó la frente y volvió la cabeza. Él sonrió victoriosamente... Pero muy luego, al sentarse, ella dejó caer sobre él una mirada tibia y dulce, de niña inocente y asustadiza, y entonces tuvo miedo Manolo.

Terminado el sainete entre estrepitosas risas del público que bromeaba á costa de los autores, salió Manolo para detenerse en el callejón de Eslava. Momentos después pasó Pitusa, y ambos volvieron á mirarse á la luz del farol que alumbraba la fachada del teatro, reconociéndose y leyéndose de corrido. Él la siguió largo trecho sin ser visto por ella, atravesando juntos, como cuerpo y alma, la carre del Arenal, la plaza de Isabel II, la calle de Campomanes, la plaza de Santo Domingo, la calle Ancha... Próxima á la de las Beatas se detuvo Pitusa, y, después de mirar á la calle, penetró resueltamente en un cafetín pequeño y extraviado. El marqués de Casabón, momia de sesenta años gastados en brazos de bailarinas y rejuvenecidos en el Jordán de buenos vinos, caballero de porte asaz ordinario, con afeites que le daban apariencia de cadáver embalsamado, esperábala en un rincón del cafetín, frente á una mesa sobre la cual lucía la cruz roja de una botella de cerveza. Al crujir la seda de la falda, levantó el marqués la cabeza, sonriendo alegre-

mente, como si hubiese pasado sobre su yerta calva un fuerte aliento de juventud.

Manolo, de pie en la acera, miró. Lloraban por dentro los cristales y hacían difícil la visión; pero, por entre las lágrimas que congelaba el frío de la noche y á través del vaho del cafetín, pudo asistir á otro sainete, más humano que el que acababa de estrenarse en Eslava y más triste también. Desde la acera veíase allá dentro del cafetín, destacándose sobre el mármol de la mesa, los gestos y abandonos de Pitusa y el tuteo que babeaba el anciano: indiferente él, con la seguridad que de ser amado da el millón; mimosa ella, con apasionamientos de mujer que necesita dinero, arrastrándolo suavemente con andares de paloma que arrastra á un escarabajo. Hablaban y reían. La línea roja de los labios de la mujer, labios que eran un brote de rosa, avanzaba arqueándose sobre la mueca del hombre, cuya boca era un surco... En aquel momento bajó del canalón, copiosa y fuerte, una lágrima de hielo que, escurriéndose por el cristal con el zig-zag de una sierpe, borró la imagen de la retina de Manolo.

Á la noche siguiente « echaban » la segunda representación del extraordinariamente... reído sainete. Manolo, cronista de teatros en el periód-